

BLANCA ÁLVAREZ CABALLERO

Volar de hacer volar, la poesía de Pedro Salvador Ale

La música de estos poemas viene de la región que existe antes que la palabra misma. Y es la tierra de todas las palabras que da luz. Abre los rincones más secretos de la lengua y pone en libertad a sus demonios y sus ángeles.

JUAN GELMAN



Volar de ver de volar es el recuento de un ave/músico/poeta, que con su viaje lírico recorre los caminos de la memoria actual, lo mismo de la podredumbre humana, llena de la bajeza de hombres fantasmales, como del volar alto, verde, hasta lo más sublime del amor entre dos personas. *Volar de ver de volar* es un poemario indiscutiblemente airoso. Propone la libertad como su gran divisa. La libertad de los vuelos que suceden con diversas intenciones y tonalidades rítmicas en las cinco secciones que lo componen. Unas veces es aliento, aire, palabra tierna; otras es fuerte sacudida de alas que se indignan ante la conducta humana contemporánea, vacía de ética, de vivencias positivas, de amor para muchos, lamentablemente.

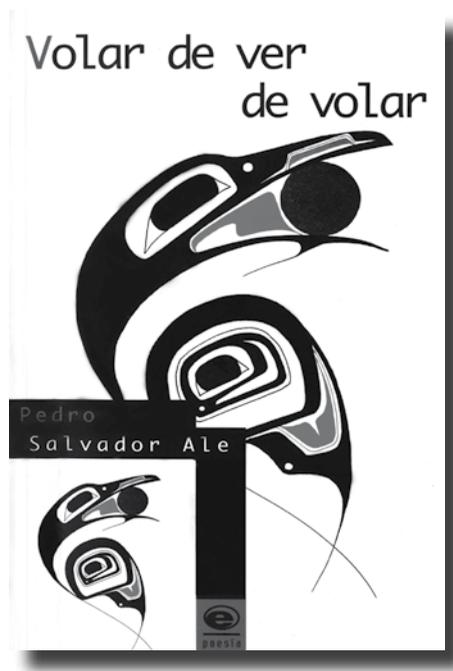
El libro me recuerda el ojo abierto de una gran pintura de René Magritte con el cielo claro al fondo. Un ojo abierto en vuelo que da cuenta de la falsedad y la bondad del hombre en su diario transitar por la vida. Me

LA COLMENA 69, enero-marzo 2011

recuerda el trayecto de un ave del mismo pintor, con alas enormes, siempre descubriendo algo, con el fondo de un cielo estrellado que la guía y la acompaña: el de la poesía. Me recuerda, además, los hombres sombríos, otra vez de Magritte, atados a un saco negro con corbata, los antihorarios del trabajo, el nulo tiempo libre, el nulo tiempo para sí, la incomunicación existente entre muchos seres producto del neoliberalismo. Atados a la tierra, no son de aire, no vuelan, no se conocen ni reconocen ante los demás, no distinguen, no descubren, no hablan, no respiran, no viven.

De ellos da cuenta el ave, el músico, el poeta de *Volar de ver de volar*, pues nos muestra la dicotomía entre el aire y la tierra, entre la libertad y la opresión, entre la vivencia y el vacío humanos, entre el realismo y la interpretación surrealista de la vida, condensados en amplios juegos de imágenes a veces en tan pocas líneas. Lo cual habla de un poemario muy sólido en varios sentidos: fuerte por su cadencia rítmica y por su nitidez de imágenes, recio por la crudeza con que varios poemas critican la ausencia de amor a través de varios personajes, fuerte por el lenguaje denunciante con que ello se muestra, pues uno de los importantes logros del libro es el recurso de palabras libres de cualquier término rebuscado para expresar la indignación humana. Es una poesía desnuda de palabras y conceptos accesorios.

Ya Juan Gelman ha expresado de la poesía de Pedro Salvador Ale: “La palabra del poeta elude burocracias del lenguaje para que nada



Pedro Salvador Ale (2010), *Volar de ver de volar*, México, Eón.

interrumpa su fluir... está situada en el centro del habla y ofrece significados no dichos... Un ‘vocerío de imágenes’ habita su invención que corre como un río indetenible” (Gelman, 2004: 7). Ciertamente, la poesía más reciente de Pedro representa una gran cadena de metáforas, una cadena al infinito con léxico sencillo y con tránsitos rítmicos de largo, largo aliento observados aún en los poemas más cortos, que parecen realizarse solos y, por ello, refieren la gran maestría que el poeta ha

logrado en su oficio de varias décadas de trabajo.

Volar de ver de volar desarrolla el asunto del poeta como un guía que a través de la libertad de la música de las palabras refiere el orden y el desorden del mundo actual a partir de una poesía realmente asombrosa, que unas veces se congratula y muchas otras sanciona las circunstancias sociales que le toca experimentar. Pero no lo hace con fines pesimistas, sino constructivos, guerreros, como el propio escritor considera debe ser el poeta: un combatiente y una suerte de chamán. Así se muestra el libro desde el inicio, pues en la primera sección nos revela qué es la música poética, cuál es su utilidad, cuál es la esencia del oficio del músico; asunto válido para quien escribe poesía tanto con letras como mediante partituras. Nos dice el poeta: “El músico crea mundos, universos, vidas: tiene máscaras,/ un solo rostro; se mira en un espejo de obsidiana y/ encuentra constelación de signos,/ un poema, la memoria en blanco, el ying yang... arroja su magia, esa red para pescar milagros” (25).

Hacer música, entonces, es la divisa de esta sección porque revela cómo es vivir y escribir desde la libertad e insiste en la necesidad de ella para lograr el equilibrio humano: “La música como sabrán, vuela y hace volar,/ esa levedad del no ser es lo que cuenta” (17), expresa la voz poética, motivo por el cual este primer apartado del libro se titula “Volar de verde volar”, en que se ha tomado el color verde por bandera de la vida, el soñar, la esperanza, la libertad de recostarse sobre el pasto mientras se mira “un árbol de fuego haciéndose esplendor” o se experimenta alguna hierba verde. Es la libertad musical para “hipnotizar a las más bellas mujeres” y “conmover a los hombres rudos”. El ave/músico/poeta realiza un conjuro, un tipo de iniciación y de advertencia para el viaje que realizaremos, los lectores, por este libro: “Harás música si te desnudas del pasado al amar,/ si danzas bajo la lluvia,/ si cruzas cada día el desierto de tu propio ser,/ las arenas profundas de tu sangre” (22).

Pero también, el poeta/ave/ músico mira constantemente en diversos sitios la demencia de la razón del alma humana en la televisión, Internet, las calles, en todo lugar donde transita. En el segundo y cuarto apartados del libro denuncia los estragos que el ojo consciente observa: “ahora tus oídos no soportan la realidad de los/ ruidos, contagiados por el hielo artificial de/ metales, los plásticos, el estruendo de la ciudad” (49). Hay aquí una deuda, un deber de volar para expresar la deshumanización contemporánea: el hambre de pan, de tierra, de amor, de justicia, en que esta palabra carece de luz porque, denuncia el poeta: “la justicia carece de luz,/ sale el sol para la poesía, el hombre, la mujer que sueña,/ la justicia es un desierto, en el que los obedientes siembran mentiras;/ la justicia es para el poder, la poesía es para los jóvenes,/ la justicia es para el cura, el militar, el inversionista,/ a ellos los mira, los palpa, los reconoce, para ellos trabaja,/

la justicia” (54). Los demás, en ocasiones, estamos desprotegidos.

Sección que nos enlaza con la cuarta, titulada “Volar de ver”. He aquí un llamamiento, la voluntad de abrir los ojos por los que viven como fantasmas en la marejada neoliberal, en el mundo en que reina el dinero que encadena a mujeres de plástico, a burócratas de cuello blanco, a los corruptos de varios modos. Seres antagónicos al vuelo, al disfrute de la poesía. Seres que no conocen las sutilezas de la música. Son los zombis que van y vienen por “la mediocre sombra sin una palabra, sólo ruido, jamás una canción” (91). Los que no saben amar y, por ello, venden “besos de polvo”, “billetes falsos”; son los que, señala la voz lírica, “te quieren llevar a puertos sin barco ni horizonte,/ sin utopía, sin camino, a una encrucijada donde/ te espera la muerte. Te dirán de un mañana para atarte,/ que te darán manzanas nuevas;/ es otra superstición de fantasmas que ya no fueron” (92). Los que son puro ruido, pura interferencia en la cadena de la comunicación. No establecen diálogos, sólo monologan desde jerarquías e islas que asfixian de tanta verticalidad. No vuelan porque son lineales, carentes de imaginación.

Contrario a ellos, “El músico crea sueños con los ojos abiertos” (97). Sueños que son expresados entre estas dos secciones por la tercera, titulada sencillamente “Volar”. En ella el ave arriba a los más altos e íntimos parajes: los del amor, el deseo, los dedicados a la mujer y a la propia escritura como temas literarios. Además de ser una pausa entre las secciones que tiene corte de denuncia social, este apartado del libro es una oda a la comunicación entre la mente y el cuerpo, una oda al amor de pareja, en que la música se disfruta en voz baja, rodeada por el silencio de las miradas y el regocijo en el lecho que se comparte. Así nos muestra una voz poética: “Con los ojos cerrados escucho a tu corazón hablarme/ de las constelaciones,

cuando tus latidos ya no digan,/ no veré las imágenes, se quedará callado también mi pecho, sólo sabré de la voz del/ silencio que surge de las sombras; al abrirse el día/ como el durazno de tus labios, nos miraremos y/ cada uno seguirá con su vida como si sólo el amor/ de verdad, por un instante, hubiese alumbrado este sueño ” (60).

La quinta y última sección da título al libro. Su signo distintivo es además un deslumbrante logro literario: condensar lo desarrollado en el poemario, lo referido por el ave/ músico, pero ahora de manera universal y sumamente reflexiva, porque cada texto propone cuestionamientos sobre las relaciones vida/ muerte, recuerdo/olvido, tiempo lineal *versus* tiempo de la creatividad humana; es decir, tiempo de la subjetividad musical, del vuelo personal con sus diversos ritmos, hasta cerrar con el cese

del vuelo, de la música, no sin antes insistir en que, y ésta es la tesis del libro, al margen del tiempo fugaz y de sus consecuencias, como nostalgia, tristeza y ansiedad, entre otras, el instante del vuelo, el momento en que existimos tiene que ser gozado plenamente. El tiempo y la vida son uno en el vuelo del instante. Por eso el poeta, casi al final del libro, nos recuerda: “Este sol sólo es aquí, en esta vida;/ este aire, sólo aquí; estos labios/ sólo aquí, en esta hora; el amor,/ la pasión, el dolor, sólo aquí, ya;/ la vejez, la muerte, la verdad de/ tu ser, sólo aquí, bajo este sol, ya” (132): el del volar. LC

BIBLIOGRAFÍA

Juan Gelman, “Prólogo”, en Pedro Salvador Ale (2004), *Los reinos del relámpago. Antología (1973-2003)*, Córdoba, Argentina, Alción Editora.